

¡Y para esto me haré yo comunista! No, porque eso sería lanzarme á lo quimérico por huir de lo imposible, y por miedo á Loyola, abrazarme á Cagliostro.

§ II. — Definición de lo que es PROPIO y de lo que es COMUN.

Si algun hombre ha merecido bien del comunismo, fué, seguramente, el autor del libro publicado en 1840 bajo este título: *¿Qué es la propiedad?* Más enemigo que nadie de esta institucion, más que nadie tengo el derecho de exponer mis ideas sobre la posibilidad de una organizacion comunista. Convengamos, pues, en los hechos y en los términos, y procedamos con orden.

Con verdadera pena, mi querido Villegardelle, á las cuestiones más delicadas de la sociedad mezclo siempre las formas angulosas de la metafísica; y esta pesada y escolástica marcha, que recuerda cierto personaje de Molière, me parece tan ridícula como á vos. Pero ¿qué quereis que yo le haga? Mientras que vuestra viva inteligencia coge al vuelo las ideas más rápidas, yo soy, por mi desgracia, de un entendimiento pesado. La intuicion y la espontaneidad me faltan; la improvisacion es nula en mí, y el espíritu no puede dar un solo paso sin las muletas del razonamiento.

El sol, el aire y la mar, son *comunes*, y el goce de estos objetos presenta el mayor grado de comunidad posible. Nadie puede poner límites en ellos, dividirlos ni limitarlos, y se ha dicho, no sin razon, que la inmensidad de la distancia, la profundidad impenetrable y la inestabilidad perpétua los habian sustraído á la apropiacion. ¡Tal y tan grande es la fuerza del instinto que nos arrastra á la division y á la guerra! Resulta, pues, de esta primera observacion, que la

propiedad es todo lo que se define, y la comunidad todo lo que es indefinible. ¿Cuál puede ser, despues de esto, el punto de partida del comunismo?

Los grandes trabajos de la humanidad participan de este carácter económico de las potencias naturales. El uso de los caminos, de las plazas públicas, de las iglesias, de los museos, de las bibliotecas, etc., es comun. Los gastos de su construccion son comunes, por más que la reparticion de estos gastos esté léjos de ser igual, precisamente, porque cada uno contribuye en razon inversa de su fortuna. Vemos, pues, que igualdad y comunidad no son una misma cosa. Ciertos economistas pretenden que los trabajos de utilidad pública deberian ejecutarse por la industria privada, más activa, segun ellos, más diligente y ménos cara; sin embargo, no están de acuerdo todavía sobre este punto. En cuanto al uso de los objetos, permanece invariablemente comun, y á nadie se le ha ocurrido la idea de que estas cosas deben apropiarse.

Los soldados toman la sopa en comun; tienen el pan y la carne tasados, y reciben la forniture aparte, de la cual es responsable cada uno. La sala de policía y el dormitorio, el ejercicio y las maniobras son tambien comunes. Si alguno de ellos recibe una gratificacion de su familia, no está obligado á dar parte á sus compañeros. La vida militar, bastante comunista, está mezclada de ciertos rasgos de apropiacion; así tambien, en un restaurant en donde viven cien personas, los comensales viven juntos, y sin embargo, permanecen aislados, de donde deduzco este otro principio; que la comunidad, que sólo se refiere á la materia, no es una comunidad. Para triunfar del comunismo, basta que me separe mentalmente de lo que me rodea; hecho grave que inspira sérias inquietudes respecto al porvenir de la utopia!

La vida conventual era más profundamente comunista. En ella, el dormitorio, el refertorio, la oración, el trabajo, todos los bienes, adquisiciones y conquistas, eran comunes. Según un pasaje frecuentemente citado de los *Actos de los apóstoles* y el espíritu general de las instituciones cenobíticas, el colmo de la perfección era el desprendimiento completo, la desapropiación absoluta. Se pueden ver en las *Vidas de los padres del desierto*, los ejercicios á que se entregaban para llegar á este ideal. Mas por una contradicción digna de observarse, ciertos institutores de comunidades, como San Pacomio y San Antonio, á fuerza de exagerar el desprendimiento, llegaron á *aislar* á los hermanos, es decir, hicieron nacer la individualidad de la renuncia comunista. Esto fué lo que hizo dar á los hermanos, así disciplinados, el título de *monjes* ó solitarios. Nueva observación más inquietante todavía: ¡la comunidad toca al egoísmo!

El matrimonio es, de todos los estados, el que ofrece más recursos para una comunidad; mas, por un caso particular, esta aptitud del matrimonio para la vida comun, está esencialmente ligada á la distinción de los sexos; de modo que, la identidad completa de organización, parece menos ventajosa para el sistema. Lo que lo confirma, es que la especie de comunidad que se forma en el matrimonio, y que llamamos *familia*, es esencialmente exclusiva de toda persona extraña, y apenas soporta, al lado del marido, de la esposa y de los hijos, á los padres de los cónyuges. Este hecho dió lugar al proverbio: *la afección desciende, pero no sube*. Así, pues, la comunidad sólo puede aplicarse hasta cierto punto; léjos de ser el principio formador de la sociedad, desempeña en ella un papel secundario; tal es, por lo ménos, el testimonio de la teoría y de la práctica

matrimonial. Como consecuencia de esta idea, el legislador distinguió en los contratos de matrimonio, el régimen *dotal* del de comunidad; y en este último, especificó todavía diversos grados de comunismo. ¿Cuál es, pues, la medida de aplicación del principio comunista? Hé ahí lo que es necesario conocer y lo que nadie supo decirnos hasta hoy.

Por último: el matrimonio proporcionó la ocasión de distinguir la comunidad de la asociación, hasta tal punto, que dos esposos, perfectamente *unidos* por el corazón y la inteligencia, pueden estar á la vez *separados* en cuanto á los bienes: *comunistas* en lo que se refiere á la habitación y al menaje, y *asociados* para su comercio. Si todo esto es más ó ménos regular ó abusivo, no es este el momento de decidirlo; lo importante para nosotros es ver cómo la vida social oscila entre estos extremos: la propiedad y la comunidad, buscando, á lo que parece, un tercer término que dista tanto del socialismo como de la economía política.

En los establecimientos de educación para los dos sexos, las comidas, las horas de trabajo y de recreo son comunes; pero esto es más grave que todo cuanto hemos tenido ocasión de observar: el trabajo es individual, pues si no lo fuese, la educación sería nula.

Todo el mundo sabe lo que era la lectura, es decir, la enseñanza en las casas religiosas. Para cumplir este deber, bastaba un solo libro y un solo lector. En el sistema de la revelación, la fé viene por el oído, *fides ex auditu*, la inteligencia es pasiva y la instrucción comun en el más alto grado. El comunismo se manifiesta entonces por el silencio; el superior, órgano del pensamiento divino, habla; el neófito escucha y obedece. La perfección del instituto religioso consiste en inculcar á la persona una

doctrina uniforme, presentársela siempre en lo mismos términos y con las mismas fórmulas, dirigir su inteligencia, si por casualidad se manifestase en ella algun extravío, de modo que se le haga llegar á la conclusion prevista. Este espíritu de disciplina comunista fué el que tan neciamente se censuró en los jesuitas, discípulos fieles de la tradicion católica, y observadores escrupulosos de la regla esencial á toda comunidad y á toda religion.

¡Qué diferencia en nuestras escuelas! Desde la primaria hasta la normal, no se hace más que acostumar á los discípulos á que trabajen solos: si algunas veces se dá á todos ellos la misma composicion, se exige que cada uno la trate *aparte* y en *competencia*; se procura obligar al jóven á que piense por sí mismo; enseñándole el fondo comun de la ciencia, se le exige que se la *apropie*; se excita su facultad inventiva, se le provoca, por decirlo así, al egoismo del genio, á la propiedad de las opiniones, y á medida que su condicion imberbe adquiere formas *originales*, personales, facciosas, se aplauden sus triunfos, y todos se felicitan por haber hecho un hombre; los padres y los maestros se gozan por no haber perdido su tiempo y su dinero, y se dice de este discípulo, cuyas ideas temerarias acaso destruyan un dia la comunidad, que pagó los gastos de su juventud. Pues bien: que la educacion, literaria y científica, se convierta á la vez en profesional, y es claro que, con esta manía de hacer de los jóvenes otros tantos hombres originales, capaces de iniciativa y de hacer descubrimientos, nos alejaremos cada vez más del principio comunista: en vez de trabajadores fraternalmente unidos, no tendremos más que personas ambiciosas é indomables caracteres. Yo presento esta pavorosa cuestion á las meditacionnes de los pensadores comunistas.

A medida que avanzamos en esta rápida pesquisa, vemos que los hombres mezclaron, en proporciones muy diversas, en sus establecimientos políticos, religiosos, industriales, militares y pedagógicos, los principios de propiedad y de comunidad; y todo esto se hizo espontáneamente, unas veces por necesidad, otras por egoismo, y algunas tambien por accidente, ó por lo ménos, sin intencion apreciable.

Así vemos que los empleados públicos, recibiendo su salario de la comunidad que compra sus servicios, viven separados, á pesar de las ventajas que podrian obtener si estuviesen reunidos. La vida separada, tan cara y tan onerosa, agrada más á los improductivos, aunque con sus sueldos fijos les seria más fácil agrupar sus gastos, que á los industriales cuyos salarios son tan precarios y tan desiguales. Acaso llegue un dia en que los empleados públicos se entiendan y centralicen sus consumos; pero hoy por hoy, es cierto que rechazan, como todo el mundo, el régimen comunista, y que consideran la vida de familia como la más agradable de todas. Podrá ser esto efecto de un temperamento depravado y bárbaro, ó de un sentimiento de dignidad y de nobleza; yo admito todas las conjeturas mientras no encuentre razones suficientes para emitir un juicio contrario.

El hombre, á quien acabamos de ver semi-comunista en el período de su educacion, en el cumplimiento de sus deberes cívicos y religiosos y en el ejercicio de sus funciones públicas, se hace propietario en la industria, en el comercio y en la agricultura. Produce, cambia y consume de una manera exclusivamente privada, y sólo conserva raras relaciones con la comunidad. Efecto de un instinto irresistible y de una preocupacion fascinadora que se remonta á los tiempos más remotos de la historia, todo obrero aspira á ser empresario, todo oficial

quiere ser maestro, todo jornalero sueña con establecerse por su cuenta, como en otros tiempos todo plebeyo soñaba con ser noble. Y notad que nadie ignora las desventajas de la subdivision, las cargas de la casa, la imperfeccion de la pequeña industria y los peligros del aislamiento. La personalidad es más fuerte que todas las consideraciones; el egoismo prefiere los riesgos de la lotería á la sujecion de la comunidad, y se rie de los teoremas de la economía política.

En resúmen: la comunidad se apodera de nosotros en la cuna, y se impone fatalmente por lo que hace á las grandes fuerzas de la naturaleza. En cuanto á su esencia, la comunidad repugna á la definicion; no es lo mismo que la igualdad; no se funda en la materia, y depende exclusivamente del libre arbitrio; se distingue de la asociacion y toca al egoismo. Apenas la industria empieza á nacer y el trabajo produce sus primeros bosquejos, la personalidad entra en lucha con la comunidad, que se nos presenta desde entónces en el suelo doméstico y hasta en el lecho conyugal, imperfecta y en decadencia ya. Más tarde la encontramos incompatible con una educacion liberal y vigorosa; por último, declina rápidamente en las funciones asalariadas, y desaparece por completo en el trabajo libre. Todo esto resulta de la necesidad de las cosas, tanto como de la espontaneidad de nuestra naturaleza. Los economistas lo reconocieron así hace ya muchos años.

«¿Está en el espíritu de la sociedad humana, exclama con mucha razon el Sr. Dunoyer, suprimir toda individualidad, toda existencia colectiva, intermediaria, y no dejar subsistir más que una grande existencia general que absorba á todos los demás? ¿Cómo conciliar la libertad, que se quiere defender, con esta concentracion violenta? ¿Cómo conciliar

esta misma concentracion con los progresos y la unidad que se desea obtener? No vacilemos en decirlo: si hay cosas que deben realizarse por la grande unidad social ó nacional, hay otras mucho más numerosas, que deben hacerse por las unidades colectivas de órden inferior, como son la unidad departamental, la comunal, la de las asociaciones industriales y comerciales; las innumerables unidades de las familias, y sobre todo, las unidades aisladas ó individuales. No basta que una gran nacion, para ser verdaderamente grande y una, sepa obrar nacionalmente; se necesita tambien que los hombres de que se compone sean activos y experimentados como individuos, como familias, como asociaciones, como comunidades de habitantes y como provincias. Cuanto más valor adquieran bajo estos diversos aspectos, tanto más tendrán como nacion.»

Yo excito á los socialistas á que mediten estas palabras, en las cuales hay más filosofía, más verdadera ciencia social que en todos los escritos de los utopistas.

En cuanto á las ventajas especiales de la vida en comun, hé aquí cuál parece ser la opinion general.

En igualdad de bienestar, si el trabajo, el cambio y el consumo se efectúan en una completa independencia, se cree que la condicion es la mejor posible.

Si el trabajo se ejecuta en comun, y el consumo es privado, la condicion parece ya ménos buena, aunque soportable todavía: ésta es la de la mayor parte de los obreros y funcionarios subalternos.

Si todo se hace comun, trabajo, casa, ingresos y gastos, la vida es insípida, triste y odiosa.

Tal es el prejuicio anti-comunista; prejuicio que ninguna clase de educacion debilita, que se fortifica con ella, sin que se pueda descubrir de qué modo esta educacion podrá cambiar de principio, y prejuici-

cio, en fin, al cual los comunistas parecen encontrarse tan inclinados como los propietarios. ¿Cómo se explican, si no, sus vacilaciones? ¿Quién les impide realizar entre sí su idea, y qué es lo que esperan? Para someter mi razon al principio comunista, sólo exijo una prueba; que se me enseñen dos familias, maridos, mujeres é hijos, viviendo confundidos en una perfecta comunidad.

Pero el comunismo no se entiende á sí mismo, y le falta comprender todavía cuál debe ser su papel en el mundo. Semejante á un beodo, la humanidad vacila y se tambalea entre dos abismos, de un lado la propiedad, y del otro el comunismo: la cuestion está ahora en saber de qué modo salvará este desfiladero que produce vértigos, y en el cual los piés se resbalan. ¿Qué responden á esto los escritores comunistas?

§. III.— Posicion del problema comunista.

Algunos discípulos del Sr. Cabet, que habian oido hablar de la existencia ó de la posibilidad de una ciencia social, escribieron un dia á su maestro rogándole que expusiese el *dogma comunista* científicamente. Creian que la novela de *Icaria*, como la *Ciudad del sol* y el *Falansterio*, no tenia nada de científico; pero el Sr. Cabet les respondió al instante en el *Popular* de Noviembre de 1844:

«Mi principio es la fraternidad.»

«Mi teoría es la fraternidad.»

«Mi sistema es la fraternidad.»

«Mi ciencia es la fraternidad.»

El Sr. Cabet comentaba despues esta letanía: difícilmente puede darse cosa más conmovedora ni más sublime.

La ¡FRATERNIDAD! Hé ahí, pues, segun el Sr. Cabet, el fondo, la forma y la sustancia de la enseñan-

za comunista, pues es justo reconocerlo; el Sr. Cabet, como Saint-Simon y Fourier, es jefe de escuela. Respondiendo San Pablo á los judíos incrédulos que le interrogaban sobre su doctrina, les decia con una magnífica ironía: *Yo sólo sé una cosa; que es Jesús crucificado*. El Sr. Cabet habla como San Pablo, y dice á sus neófitos: Yo solo sé una cosa; que es la fraternidad.

Yo ignoro si los ciudadanos que se permitieron interrogar de este modo al Sr. Cabet, quedaron satisfechos de su contestacion; pero puedo decir que su pregunta era, por lo ménos, muy racional. Sin duda, mi querido Villegardelle, habian aprendido de vos que «la posesion individual tiene en toda sociedad su empleo más ó ménos limitado, y que el derecho de usar y hasta de abusar, puede tolerarse respecto á las cosas fungibles personales al individuo.» Preguntaban, pues, y con mucha sensatez, cuál es la línea de demarcacion que separa las cosas *comunes* de las *propias* ó personales, y cómo se debe proceder en esta separacion: pues, si como vos decís, «el derecho de posesion exclusiva tiene sus límites, que pueden estrecharse más de lo que generalmente se cree sin perjudicar por eso la libertad de los individuos, ó mejor dicho, á fin de asegurar la libertad del mayor número,» la comunidad de posesion tiene tambien los suyos, que pueden estrecharse sin restringir la libertad del mayor número, ó mejor dicho, á fin de asegurar la libertad de cada uno. ¿Cuál es, pues, el límite de la comunidad y de la posesion individual? Hé ahí lo que preguntaban sus discípulos al Sr. Cabet; pero hé ahí, precisamente, una pregunta á la cual el Sr. Cabet no podia responder sin desmentir su principio y sin abandonar su bandera; pues, si la comunidad está penetrada de posesion individual, si está limitada por la